

Héctor Carreto

Reescribir los mitos

Guillermo Vega Zaragoza

Del *Pantheon* de superhéroes de los montes DC y Marvel, el más conocido es, sin duda alguna, Superman. Su popularidad universal compite, digamos, con la de Jesucristo. La “S” del pecho del oriundo de Kriptón es tan reconocible como la cruz cristiana. Sin embargo, esto no quiere decir que sea el favorito de todos. La causa principal de la animadversión que padece radica en lo que ha llegado a simbolizar: el imperialismo norteamericano; el papel de salvador del mundo y paladín de la justicia que nadie le otorgó sino que se adjudicó unilateralmente.

Sin embargo, la cosa con Superman no siempre fue así. Sus creadores, Jerry Siegel y Joseph Shuster, tenían una idea muy diferente cuando la primera historieta completa de este superhéroe apareció en junio de 1938. Es más, al principio Superman no podía volar sino que daba tremendos saltos, ni emprendía la vuelta al mundo a la velocidad de la luz ni podía detener el tiempo. Era simplemente algo parecido a un semidiós.

En su apasionante libro *Supergods. Héroes, mitos e historias del cómic* (Turner, 2012), Grant Morrison explica que, en su primera aparición, “Superman dejó las cosas claras: él era un héroe del pueblo. El Superman original fue una respuesta humana y audaz al miedo ante los avances tecnológicos desbocados y el industrialismo desalmado de la Gran Depresión... Si las visiones distópicas y catastrofistas de aquel periodo preveían un mundo mecánico y deshumanizado, Superman ofrecía otra posibilidad: la orgullosa imagen de un mañana humano en el que las implacables fuerzas de la opresión industrial se veían sometidas a un triunfante individualismo. No resulta sorprendente que tuviese

un gran éxito entre los oprimidos, pues Superman era tan poco culto y estaba tan a favor de los pobres como cualquier salvador nacido en una pocilga”.

Cada sociedad, en diferentes épocas, crea sus propios mitos. Retomando lo que ha explicado Rollo May, en su libro *La necesidad del mito* (Paidós, 1991), el mito es “una forma de dar sentido a un mundo que no lo tiene. Los mitos son patrones narrativos que dan significado a nuestra existencia”. Estos patrones tienen una utilidad fundamental: “Mediante sus mitos, las sociedades sanas facilitan a sus miembros un alivio para sus neuróticos sentimientos de culpa y su excesiva ansiedad. En la Grecia antigua, por ejemplo, donde los mitos eran algo vital y poderoso, los individuos podían enfrentarse a los problemas de la existencia sin experimentar sentimientos de culpabilidad o ansiedad”.



El mito se transmite de una generación a otra en forma de narración. Grandes epopeyas míticas las tenemos por montones: la *Biblia*, el *Corán*, el *Popol Vuh*, el poema de Gilgamesh, *Beowulf*, etcétera. Además, los escritores se han encargado de perpetuar los mitos, reinterpretándolos y convirtiéndolos en obra de arte. Pero con el advenimiento del racionalismo y el positivismo en el siglo XIX, todo esto se empezó a considerar como superstición y superchería. El mito se convirtió en sinónimo de mentira, a pesar de que es, como dijo Thomas Mann, “una verdad eterna en contraste con una verdad empírica”. El hombre moderno tiene que emprender por sí mismo la búsqueda de orden y coherencia al flujo de las sensaciones, emociones e ideas que acceden a su conciencia desde el interior o el exterior. Dice May, categórico: “Sin el mito somos como una raza de disminuidos mentales, incapaces de ir más allá de la palabra y escuchar a la persona que habla”.

A pesar de todo esto, la sociedad se las arregla para seguir proveyendo de narraciones míticas a sus miembros: primero, desde luego, a través de la literatura, pero ahora cada vez más a través de la cultura popular y los medios masivos de comunicación, como el cómic, que junto con el cine, se convirtieron en los grandes recicladores de mitos durante el último siglo; sin embargo, por su misma naturaleza masiva, la mayoría de los héroes de las historietas y las películas fallan a la hora de establecer la vinculación adecuada con los individuos en términos míticos por no trascender su carácter de “entretenimiento”.

En la Edad de Oro del cómic, como la llama Grant Morrison, aparecieron Superman y luego Batman como los nuevos hé-

roes que encarnarían los mitos del hombre moderno, pero con una particularidad: estos nuevos dioses tendrían que padecer problemas parecidos a los del ser humano común de mediados del siglo XX para que los lectores pudieran identificarse más fácilmente con ellos. En el caso de Superman, dado que era una especie de semi-dios —en realidad un alienígena—, tendría que ocultarse entre la multitud para pasar inadvertido.

Así lo explica Morrison: “Hércules siempre era Hércules, Agamenón y Perseo eran héroes desde que salían de la cama hasta el final de un largo día lleno de ajetreadas batallas; pero Superman, a escondidas, era otra persona. Clark era el alma, el elemento trascendente en la ecuación de Superman, aquello que le hizo resistir. Con Clark, Siegel había encontrado al personaje definitivo con el que se identificaría el lector: incomprendido, explotado, ninguneado a pesar de su evidente talento como periodista en el *Daily Planet* de Metrópolis. Siegel y Shuster sabían por experiencia propia que algunas chicas preferían a un guerrero heroico dando saltos que a esos tipos delgaduchos que escribían o hacían dibujos bonitos. Aunque Clark Kent no era sólo el sueño dorado de los *nerds*: todo el mundo se podía identificar con él, ya que todo el mundo se ha sentido alguna vez, o incluso muchas, pazguato e incomprendido. Así pues, como todos sospechamos que existe un Superman dentro de nosotros —un yo angelical y perfecto que encarna nuestras mejores virtudes y nuestra fuerza—, todos tenemos algo de Clark”.

Pero, además, para darle mayor interés a las historias del Hombre de Acero, sus creadores tuvieron la ocurrencia de complicarle aun más la vida: no sólo tendría que salvar al mundo de temibles enemigos en cada episodio sino también tratar de conquistar a una mujer inalcanzable, que estaba enamorada de Superman, el héroe admirado por todos, pero no de Clark, el atolondrado reportero, conformando así un apasionante y alucinante *ménage à trois* que fascinaría a los lectores durante décadas.

Desde luego, ya sabemos cómo se fue complicando y alterando la historia de Su-



Héctor Carreto

perman con el paso de los años, hasta volverlo casi irreconocible. En efecto, Superman se fue convirtiendo con el tiempo en uno de los superhéroes más sosos y predecibles: siempre tan seguro de sí mismo, sin dudas ni dobleces, tan valiente y arrojado, tan leal y bondadoso, sin miedos —salvo a la kriptonita y a perder a Lois Lane—. En suma, un tipo aburrido. Cuando, bien vista, su condición existencial era como para el loquero: su planeta explota dejándolo solo en el universo (ya luego le inventarán a Zod, Superchica y Kripto, el perro); tiene superpoderes que podría usar para someter a los terrícolas y volverse rey absoluto, pero sus padres postizos le inculcaron amor y respeto por esta raza de subnormales que se la pasan peleando y tratando de dominarse o eliminarse entre sí, y, por si fuera poco, como ya vimos, la mujer que ama prefiere al otro que es también él, pero cuya identidad no puede mostrarle.

Tomando en cuenta esos 77 años de historia del personaje, Héctor Carreto emprendió el *Testamento de Clark Kent* para reescribir su propia versión del superhéroe a través de su *álter ego* y otorgarle una altura y complejidad que nunca antes tuvo, con el solo poder de la poesía, de la palabra, sin necesidad de efectos especiales. Carreto ha regresado a las coordenadas fundamentales del mito que ya estaban desde el primer momento: al conflicto del superhéroe que se ve obligado a ser un hombre común. Y sólo un poeta como

Héctor Carreto podía salir avante del reto. De entre los poetas mexicanos actuales, Carreto es, al mismo tiempo, el más clásico y el más moderno de todos. Clásico porque domina a la perfección los temas, las formas y los autores de la poesía clásica grecolatina, todo lo cual lo combina, lo trastoca, lo reinterpreta, para abordar en sus obras la problemática del hombre moderno.

Así, desde *¿Volver a Ítaca?* (1979), donde reescribe el mito de Ulises, pasando por *Habitante de los parques públicos* (1992) y *Coliseo* (2002), por el que ganó el Premio de Poesía Aguascalientes, hasta llegar a su antología personal de genial título *El poeta regañado por la musa* (2006) y ahora al *Testamento de Clark Kent*, Carreto ha desarrollado una poesía estoica, sin sobresaltos ni vociferaciones, que apela a la sensibilidad y la reflexión por encima de todo, acerca de temas universales como el amor, el tiempo, la muerte y las fruslerías de la vida. Sin embargo, esto no quiere decir que lo haga de una forma solemne y aburrida, sino todo lo contrario: la de Carreto es una de las obras poéticas con mayor humor de las que se escriben y se han escrito en México, pero el suyo es un humor sin estridencias, de fina ironía, que nos hace esbozar apenas una leve mueca que quiere parecerse a una sonrisa al mismo tiempo que sentimos un piquete en la nuca, porque al leerlo sabemos que sus burlas, sus gracejadas, sus leves puyazos, nos aluden sin remedio. Carreto es, para decirlo con una categoría posmoderna que utilizaba mi abuela, un poeta *chingaquito*.

De esta forma, Carreto desmenuza el mito y lo coloca al nivel de cualquier hombre común. Clark Kent observa pasar la vida, imita a Catulo, mira arrobado las piernas de Luisa L, emula a Gregorio Samsa, se convierte en mandilón y abriga profundas dudas existenciales.

Con *Testamento de Clark Kent*, Héctor Carreto cumple otra vez uno de los más altos deberes del poeta: reescribir el mito. Y uno no escoge los mitos: los mitos lo eligen a uno, para explicarse en ellos, para explicarnos con ellos. **U**

Héctor Carreto, *Testamento de Clark Kent*, Almadía, Oaxaca, 2015, 96 pp.